

## LA VOCACIÓN EDUCADORA DE CALASANZ

### *Calasanz's educational vocation*

MIGUEL ÁNGEL ASIAIN

#### Resumen

Se abordan en este artículo los orígenes de lo que será la filosofía de la educación escolapia, yendo a las fuentes del estilo educativo propuesto por el Fundador San José de Calasanz.

El estilo escolapio se va configurando con las respuestas educativas innovativas pedagógicamente, ante graves situaciones que deben afrontar en Roma los educadores cristianos.

**Palabras clave:** carisma, maestros, vocación, cualidades pedagógicas

#### *Abstract*

*This article deals with the origins of Scolapian philosophy of education by analyzing the sources of the educational style as proposed by the Founder San José de Calasanz. The scolapian style is conformed by pedagogically innovative educational answers emerging from the serious situations Christian educators have been forced to confront in Rome.*

**Key words:** *charisma, masters, vocation, pedagogical qualities*

---

\* Sacerdote escolapio, [juanan@escolapios.cl](mailto:juanan@escolapios.cl)

## 1. Introducción

La educación no es una realidad universal y etérea que prescinde de la historia y del ámbito donde se realiza, como de aspectos que no le afecten de ninguna manera. Todo lo contrario. Quizás pocas profesiones y vocaciones están tan sometidas a lo concreto de las circunstancias en las que se desarrollan. Y aunque pueda existir una filosofía profunda de lo que es en su verdad más íntima la vocación del educador, lo contingente de la historia y de las personas a las que se imparte la actividad pedagógica hacen de la educación algo delicado que ha de ser circunscrito en un marco concreto que dé razón de su ser y de su valor.

El tema que presentamos en las páginas siguientes trata de encontrar los orígenes de lo que va a ser la filosofía que atraviesa toda la educación escolapia y el estilo escolapio. Por eso se remonta al inicio, a las fuentes, al Fundador de las Escuelas Pías. Y se centra en cuatro líneas.

La primera desarrolla el proceso que vivió San José de Calasanz hasta que llegó a posesionarse del carisma recibido en favor de los hombres y de la Iglesia. Proceso largo, delicado, que desbordó las intenciones que albergaba Calasanz durante una buena parte de su vida. Tuvo que abandonar propios proyectos, y el Dios de la misericordia a través de acontecimientos concretos y de situaciones particulares lo llevó a comprometerse en favor de una gravísima necesidad que había descubierto en la Roma que le tocó vivir.

Ahora bien, en parte lo que condujo a Calasanz a descubrir esa necesidad fueron las situaciones extremas por las que pasaba la Ciudad de los Papas desde mediados del siglo XV a mediados del XVI. Por eso, en un segundo momento intentamos describir el contexto histórico en el que se inscriben las respuestas de Calasanz. Y es que en el fondo sin contexto no hay texto, sin contexto no hay explicación de una historia.

Una vez hecho esto, describimos la rica expresión del carisma de Calasanz. De manera sintética exponemos las líneas concretas en las que se evidencia y se hace realidad la innovación pedagógica del santo Fundador. Es la tercera línea.

Pero resulta que no hay programa eficaz sin hombres capaces de llevarlo a la práctica. Por eso damos algunas sencillas pinceladas de lo que debe ser el maestro comprometido en las Escuelas Pías según el pensamiento de Calasanz.

## 2. El proceso de Calasanz hasta posesionarse de su carisma

a. Nadie acierta en la propia vida de una vez por todas. Ni el camino que realiza cada uno se hace a la primera. Más bien el itinerario costoso de la existencia personal se configura como un largo proceso, sembrado de intentos fallidos, de búsquedas inquietas

y de aciertos rotundos. Así suele ser en la vida de todos los hombres, y no ocurre de otro modo en la de los grandes personajes de la historia. Con frecuencia admiramos la meta a la que han llegado, pero no nos preocupamos de seguirlos en los duros empeños de su largo caminar, observando los titubeos de los inicios, las dudas de tantos pasos y el riesgo de muchas de sus decisiones. Pero así es como se construye la vida, más que al resguardo de la búsqueda de seguridades, en la decisión arriesgada de comprometerse con ella, luchando por el bien de los demás.

Es lo que le sucedió a José de Calasanz. Muchas fueron las distintas fases de su vida. Y quizás en cada una de ellas creyó él que había llegado al final del camino. Pero el ánimo abierto del que hizo gala y el compromiso con las necesidades de la vida, interpretadas y vividas como llamada y presencia de lo alto, le hicieron comprender en cada uno de esos momentos que había que dar un paso más, que lo vivido constituía simplemente un hito del camino. Porque la vida es historia, camino, desarrollo, itinerario y proceso. Sin proceso no hay historia, y sin historia no hay vida.

Ahora se trata de exponer muy sencilla y brevemente el camino que hizo Calasanz, el proceso que vivió hasta que, por fin, se posesionó en forma definitiva del carisma. Y llamamos “carisma” a la llamada que recibió de Dios –acogida y vivida por él– en favor de los demás. Afirmamos que el carisma de Calasanz fue la “educación de los niños y jóvenes, principalmente pobres”. Y lo que queremos exponer es el proceso que tuvo hasta que hizo vida de su vida la llamada que había prendido en su corazón y que no le dejó descansar hasta que se dio totalmente a ella.

b. Que la naturaleza había dotado a Calasanz de un temperamento capaz de entenderse con los jóvenes, lo había demostrado ya desde su juventud. Cuando apenas tenía 18 o 19 años, estudiante universitario en Lérida, se había granjeado la estima de sus connacionales, de manera que le eligieron “Prior” de su nación.

*“... estudiando en la Universidad de Lérida en su juventud, me ha contado el Sr. Mateo García sacerdote y condiscípulo suyo en Lérida, de la misma edad del P. José, siendo este Mateo muy díscolo y metiéndose a menudo en asuntos por lo que luego se encontraba en apuros, el mismo Mateo recurría al P. José, quien con su consejo y ayuda le libraba de apuros, y solía decir que para él era el Espíritu Santo, no teniendo a otro más que a él en sus apuros, y además me añadió que toda la juventud de nuestro país de Aragón le habían elegido a él Prior de la nación y era de ayuda para todos y por todos era estimado como hombre de toda virtud y bondad, y esto, como digo, era en su juventud, en el Estudio de Lérida”<sup>1</sup>.*

<sup>1</sup> ProInf, pp. 213-214 (citado en Severino Giner, *San José de Calasanz. Maestro y fundador*, BAC maior Nº 41, Madrid 1992, p. 85).

No se trata de un caso aislado, sino más bien fue una constante en su vida. Y es interesante este elemento, porque la vocación educadora arraiga en la estructura de la persona, cuando se vive y realiza como auténtica vocación. La decisión educadora, vivida como simple empeño voluntario, acaba desquiciando a la persona, o haciéndola huir de la tarea pedagógica, o convirtiendo ésta en un simple trabajo que hay que cumplir, pero que no afecta a las cuerdas más sensibles y profundas del educador.

c. Cuando en 1592, a comienzos del mes de febrero, deja España y llega a Roma, Calasanz conoce ya la importancia de la educación. Lo sabemos por una carta que escribe desde la Ciudad Eterna al párroco de su pueblo, Peralta de la Sal, que se llamaba José Teixidor. La carta está fechada algunos meses después de su llegada, en noviembre de 1592. Y dice: “Hame parecido muy acertado que hayan conduhido maestro que enseñe latinidad en esse lugar que sera facilitar a los padres que hagan aprender letras a sus hijos que es una de las mejores herencias que les pueden dexar”<sup>2</sup>.

Calasanz ya conoce la importancia de las “letras”, llegando a considerarlas una de las herencias mejores que pueden dejar los progenitores a sus vástagos. Cuando escribía estas palabras quizás pasaran por su mente las breves experiencias que había tenido allí en España. Porque es muy probable que estando en Urgel y habitando en casa de Antonio Janer, pudiera enseñar a escribir y a hacer cuentas a los muchachos que se hospedaban en la misma casa<sup>3</sup>. Y aun es muy posible que impartiera algunas clases a los niños pajes de palacio y a los cantores de coro, estando ya en el palacio episcopal de Urgel, con su obispo fray Andrés Capilla<sup>4</sup>.

Por lo tanto, cuando José de Calasanz llega a Roma, temperamental y mentalmente estaba preparado para la educación. Se entendía con los jóvenes, ejercía una fuerte atracción sobre ellos y conocía la importancia de la tarea educativa. Pese a todo eso, no pensaba de ninguna manera dedicarse al magisterio, no se le había pasado por la cabeza llegar a ser maestro de escuela.

d. Efectivamente, Roma era en el pensamiento de Calasanz una etapa más en su vida y, por cierto, una etapa muy transitoria. Sí, a finales de 1592 ya ha pisado la magna urbe de los Papas, pero el corazón y la mente los tiene en España; y pronto, muy pronto estará de vuelta en su patria. Al menos éstas eran sus esperanzas. El 25 de noviembre de 1592 decía: “... desseo mucho bolver presto a España”<sup>5</sup>. En mayo de 1593 afirmaba:

---

<sup>2</sup> Leodegario Picanyol, *Epistolario di San Giuseppe Calasanzio*, Roma 1951-59, carta 4 (se citará con el sila c. que significa “carta”).

<sup>3</sup> Cf. S. Giner, o.c., p. 232.

<sup>4</sup> *Id.*, p. 233.

<sup>5</sup> C. 4.

“... yo procurare con la brevedad (que podre) de dar la buelta...”<sup>6</sup>. En septiembre de 1594 aparece una cierta resignación porque aunque desea volver cuanto antes, se da cuenta que no es tan fácil resolver el asunto que en gran parte le había llevado a Roma, y escribe: “... y quando sera Dios servido que yo vuelva a esa tierra”<sup>7</sup>. En junio de 1599 confiesa, por una parte, que “yo no pretiendo beneficios de residencia”<sup>8</sup> y, por otra, quiere visitar algunos lugares de devoción de Italia y, continúa, luego “bolverse a Roma para el año sto”<sup>9</sup>; es decir, que piensa quedarse en Roma el año 1600, año santo. Y ya en 1600 cuenta uno de los primeros historiadores de José de Calasanz, el P. Berro, hijo amadísimo, secretario delicado e investigador atento, que dijo el santo: “He encontrado en Roma mejor modo de servir a Dios ayudando a estos pobres muchachos. No lo dejaré por nada del mundo”<sup>10</sup>.

He aquí dos situaciones muy diversas. En 1592, en el mes de febrero, va a Roma; podríamos decir que con el billete de vuelta en el bolsillo, y de hecho en el mes de noviembre deja muy claro su deseo de encontrarse muy pronto en su tierra. Sin embargo, en 1600 deja igualmente claro lo contrario, que no volverá ya a España, que ha roto el billete de vuelta, porque –y es la razón que aduce– ha encontrado mejor modo de servir a Dios. Y eso sí, “no lo dejaré por nada del mundo”. Y por nada del mundo lo dejó, ya que 48 años después moría en esa Roma que había pisado casi de pasada.

Además nos damos cuenta de que el motivo de ruptura de los proyectos que traía está en que ha encontrado lo que antes hemos llamado su “carisma”, la educación de los niños y jóvenes, principalmente pobres. ¿Qué le ocurrió a Calasanz entre 1592 y 1600?

e. Se había encaminado a Roma por diversos motivos. De distinta importancia y urgencia. Y también de índole diferente. Los documentos conservados nos aseguran que la consecución de una canonjía era razón que le impulsó a efectuar el viaje a Roma. Lo confiesan quienes le conocieron. Así el pintor Francisco Gutiérrez, que se alojó medio año en san Pantaleón, tuvo ocasión de tratar al santo y a quien estimó sobremanera: “Yo he oído decir que el P. José vino a Roma pretender alguna prebenda eclesiástica”<sup>11</sup>. También el anciano sacerdote D. Francisco Motes, que a sus 14 o 15 años conoció al santo en su casa de Pont de Claverol, y que afirmaba: “Luego se fue a Roma... y al cabo

<sup>6</sup> C. 5.

<sup>7</sup> C. 6.

<sup>8</sup> C. 7.

<sup>9</sup> *Ib.*

<sup>10</sup> Vicente Berro, *Annotazioni della Fondazione della Congregazione e Religione... delle Scuole Pie*. I, p. 73.

<sup>11</sup> Calasanz Bau, *Revisión de la vida de San José de Calasanz*, AC 10 (1963) 62.

de uno o dos años oí que había pretendido no sé qué beneficio en su país”<sup>12</sup>. Y de hecho los historiadores narran, con multitud de detalles, el empeño constante con que Calasanz intentaba los primeros años de su estancia en Roma conseguir su deseada canonjía<sup>13</sup>.

La tradición hagiográfica nos ha legado también el convencimiento de la presencia de lo divino, de una especie de intuición de gracia, en la decisión de Calasanz de marchar a Roma. Cuenta el P. Castelli:

*“... Y esto lo sé por haberlo oído contar o al mismo Padre (Fundador) o a otros que se lo oyeron a él, que encontrándose en España dicho Padre, después de ser sacerdote, sentía en sí una voz interna que le decía: ‘Ve a Roma’. Muchas veces le inculcaba lo mismo y se respondía a sí mismo: ‘Yo no tengo pretensiones. ¿Qué tengo que hacer en Roma? Pero con mayor insistencia y más a menudo percibía el mismo impulso: ‘Ve a Roma, ve a Roma’. Y por obedecer a este impulso, se vino a Roma. Y a los pocos días, pasando por una plaza, que no sé cuál fuese, vio una multitud de muchachos descarriados, que hacían mil diabluras y tiraban piedras. Y sintió entonces como una voz que le decía: ‘Mira, mira’. Y repitiéndose más de una vez los mismos acentos mientras él miraba y pensaba en el sentido de aquellas palabras, le vino a la mente y se dijo a sí mismo: ‘Quizá el Señor quiere que yo me haga cargo de estos muchachos’. Y desde aquel instante se aplicó al remedio de aquellos niños tan mal educados”*<sup>14</sup>.

Finalmente, los últimos investigadores indican cómo Calasanz fue a Roma como representante del obispo de Urgel, fray Andrés Capilla, a realizar la visita “ad limina” que tenían que efectuar todos los obispos cada cuatro años, y al mismo tiempo como Procurador de su diócesis de Urgel, después del amargo fracaso del anterior Procurador, d. Rafael Durán<sup>15</sup>.

f. Tenía claro el camino. Era un hombre de 34 años y medio; se encontraba, pues, en plena juventud y con un futuro prometedor en todos los sentidos; sacerdote inteligente, con el título de doctor recién estrenado debajo del brazo, y con una historia breve, pero llena de importantes cargos al servicio de tres obispos; clérigo bueno, piadoso, devoto, preocupado por los demás, trabajador, y con una rica experiencia de Dios.

Es cierto que también asomaban algunos aspectos más ambiguos, pero el trabajo diario de amor y servicio en la parroquia que tendría que regentar, los irían aclarando; en fin de cuentas toda la vida es un intento de ascensión hacia Dios. Llegaba a Roma, donde según sus planes no permanecería demasiado tiempo. Y es que llegaba convencido de que no se le resistiría una importante canonjía. Por lo demás, la visita “ad limina” no

---

<sup>12</sup> *Id.*, p. 60.

<sup>13</sup> S. Giner, o.c., pp. 311-321.

<sup>14</sup> C. Bau, *Biografía crítica de san José de Calasanz*, Madrid 1949, pp. 196-197.

<sup>15</sup> Cf. S. Giner, o.c., pp. 271-277, 306-309.

le llevaría demasiados días realizarla, y sin duda el obispo Capilla pensaba nombrar, sin mucho tardar, un nuevo Procurador de la diócesis, ya que él había venido de interino, después del mal gusto que había dejado Rafael Durán<sup>16</sup>. Es verdad, quedaba aquella cierta atracción-llamada para ir a Roma; ahí permanecía, en lo profundo del corazón, incapaz de saber su sentido, incontaminada y virgen, esperando que la desposara.

Por lo tanto, en este momento Calasanz aún no ha encontrado lo que va a ser su camino definitivo de amor y servicio a los hombres, su camino carismático.

g. Al poco tiempo de su llegada a Roma sabemos que habita ya en el palacio del cardenal Colonna. El mismo lo escribió: “Yo tengo asiento en Cassa del cardenal Marco Anthonio Colona”<sup>17</sup>; era el 16 de mayo de 1592. Este palacio se encuentra junto a la basílica de los Doce Apóstoles. Y en ella tenía su sede la Cofradía de los Doce Apóstoles. Su misión, entre otras cosas, era la de “proveer con toda piedad, honestidad y secreto posible a las personas pobres y más aún a las familias que sufren enfermedad, miseria y necesidad... de modo que según indicaciones del prior, se les procure y distribuya limosnas tanto espirituales como corporales...”<sup>18</sup>. Y a ella dio su nombre Calasanz, allá por el año de 1595 o 1596.

José de Calasanz empieza a recorrer los catorce barrios romanos, para cumplir con los deberes de cofrade; empieza a conocer de verdad esa Roma en la que se encontraba ya desde hacía cuatro años, pero que no había descubierto en toda su tragedia<sup>19</sup>. Y se enfrenta con una realidad muy dolorosa. Nos lo comenta hermosamente el P. Berro:

*“Con ocasión de que nuestro D. José visitó por seis o siete años toda la ciudad de Roma muchas veces, como Visitador de la Cofradía de los Santos Apóstoles, como antes se ha dicho, y él mismo me escribió en una carta, había encontrado multitud casi innumerable de niños que por la pobreza no podían ser llevados por sus padres a las escuelas; y por lo mismo se perdían corporal y espiritualmente, dándose a todos los vicios que la necesidad y el ocio suelen enseñar. A más de que muchos ni sabían siquiera el Padrenuestro, el Avemaría y las cosas indispensables para la salvación, veía por otra parte a muchos de prometedor ingenio, que, de emplearlo bien, darían óptimo resultado, con provecho extraordinario de sus almas. Impelido –según él mismo me dijo– de esta cuasi extrema necesidad de los pobres...”<sup>20</sup>.*

<sup>16</sup> *Id.*, pp. 272-273.

<sup>17</sup> C. 3.

<sup>18</sup> Adolfo García-Durán, *Itinerario espiritual de s. José de Calasanz (1592-1622)*, Barcelona 1967, pp. 62-63.

<sup>19</sup> Cómo era la Roma que conoció Calasanz, lo veremos en el apartado siguiente.

<sup>20</sup> Cf. C. Bau, *Revisión de la vida...*, p. 13.

h. Comienza a disparársele el corazón por dentro a Calasanz. Se da cuenta de la necesidad grave que padecen tantísimos niños por Roma. Y ahí va a sentir de nuevo la intuición de gracia que le llama y le lleva a hacer todo lo posible en favor de los niños pobres; y no se va a dar descanso hasta encontrar una solución estable. Lo que ocurre es que va a ser distinta de lo que él piensa en un principio.

Lo que pensaba al principio lo deducimos de las primeras decisiones que pone en marcha. Cinco intentos, todos fallidos, y que se convierten en otros tantos signos a través de los que él va a conocer la misión a la que Dios le llama.

En primer lugar se dirige a los mismos maestros de barrio pidiéndoles que acepten a los niños pobres en sus escuelas, que al fin y al cabo para eso les pagan. Respuesta negativa; efectivamente les pagan, pero los salarios hace ya mucho tiempo son tan exiguos que no les llega para cubrir las propias necesidades vitales, de forma que es preciso cobrar algo a los alumnos, con lo cual los pobres, que son la inmensa mayoría de los niños romanos, se quedan fuera de la escuela, correteando y vagabundeando por las calles y plazas de la ciudad.

Sube entonces al Capitolio, donde tiene su sede el poder civil, el que paga a los maestros de barrio, y suplica que les aumenten el salario, con la obligación en este caso de admitir mayor número de pobres en las escuelas. Y recibe la segunda negativa. No estaban las arcas municipales sobradas de dinero, y para los Conservadores de Roma había otras necesidades más urgentes que la de educar a los pobres.

Se dirige a los jesuitas, al Colegio Romano, y aquí le responden que ellos sí admiten gratis a los alumnos, pero sólo a los ya iniciados en la lengua latina. Pero, ¿cómo iban a iniciarse en ella, rebatiría Calasanz, si nunca han tenido posibilidad de pisar el suelo de una escuela?

Y con la tercera negativa se dirige a los dominicos de la Minerva. Calasanz conoce al párroco y espera que por su medio puedan abrir escuelas para pobres. También los dominicos le dicen que no. Tenían, sí, un Colegio, llamado de Santo Tomás, pero era interno y reservado a los estudiantes dominicos que se preparaban para su ministerio.

José no puede permanecer impasible ante la necesidad que ve, pero no encuentra a nadie que ponga manos a la obra.

i. Mientras va pensando en estos problemas, el 9 de abril de 1596 entra en el Trastevere como Visitador de la Cofradía de los Doce Apóstoles y se dirige a la iglesia de Santa Dorotea. Y allí encuentra una escolita, que no es ya sólo dominical, sino diaria, y en la que no sólo se enseña la doctrina cristiana, sino a leer, escribir y gramática. Y Calasanz siente un vuelco del corazón. En parte le gusta lo que ven sus ojos, pero en parte le deja cierta nostalgia. Le gusta, sí, porque ahí ve la respuesta a su pregunta: “¿Qué hacer por los niños pobres que encuentra por las calles y plazas romanas?”. Pero se da cuenta de

que esa es una solución tan sólo parcial, pues en la escuelita de Santa Dorotea se cobraba también un tanto al mes, con lo cual los más pobres de nuevo no pueden acudir a ella.

Y aquí viene su decisión, contada por él mismo al P. Berro:

*“En cuanto al principio de las escuelas, yo me encontré con otros dos o tres de la Doctrina Cristiana que iban al Trastévere a dar clase en ciertas escuelas que se hacían en Santa Dorotea, en las cuales, dado que gran parte de los alumnos pagaba cada uno un tanto al mes y de los compañeros había quien venía por la mañana y quien venía por la tarde, me decidí al morir el párroco que nos prestaba una salita y una habitación en la planta baja, a meterlas en Roma, conociendo la gran pobreza que había, por haber visitado yo, siendo de la Cofradía de los Santos Apóstoles seis o siete años, todos los barrios de Roma; y de los compañeros que tenía en el Trastévere uno solo me siguió, y fue puesto en Roma el instituto, que poco a poco se hizo Congregación y luego Religión”<sup>21</sup>.*

Y en un Informe de 1623, había escrito el santo: “Y por cuanto allí se enseñaba comúnmente a ricos y pobres, el dicho P. José hizo que se enseñara solamente a los pobres, que no encontraban quién les enseñara los rudimentos”<sup>22</sup>.

j. La cosa está clara. Calasanz encuentra una escuela parroquial; le gusta, aunque no del todo; empieza a trabajar en ella. Poco a poco convence al párroco y colaboradores que han de admitir sólo a pobres. Y así lo hacen. Comienza a crecer el número de alumnos; alquila otro local en una casa contigua. Muere el párroco y, empujado por las circunstancias, traslada sus escuelas dentro de Roma, “conociendo la gran pobreza que había”. Y Calasanz se dedica por entero a esa obra. El 27 de junio de 1599 escribirá: “yo no pretendo beneficios de residencia”<sup>23</sup>. Es lógico, pues, oírle decir en 1600: “He encontrado en Roma mejor modo de servir a Dios, ayudando a estos pobres muchachos. No lo dejaré por nada del mundo”<sup>24</sup>.

Le queda aún un largo camino hasta que nazca la Congregación Paulina de las Escuelas Pías (1617) y que se convierta luego en Orden Religiosa (1621); tendrá que luchar y sufrir; pasará por muchas experiencias duras, pero él ya ha encontrado lo que quería, su propio carisma, el don que se le hace de lo alto. Ha nacido la primera escuela pública popular gratuita de Europa<sup>25</sup>.

<sup>21</sup> C. 4185.

<sup>22</sup> C. 7c.

<sup>23</sup> C. 7.

<sup>24</sup> V. Berro, *Annotazioni...*, I, p. 73.

<sup>25</sup> L. von Pastor, *Historia de los Papas*, Barcelona 1910-1961, vol. 24, pp. 67-68.

### 3. Contexto histórico de las respuestas de Calasanz

a. Hemos visto que la naturaleza había proporcionado a Calasanz la estructura personal básica para poder asumir posteriormente la llamada de Dios y encarnar el carisma. Y que la historia vivida le había llevado al convencimiento de la importancia de la educación en la vida de las personas. Mental y temperamentalmente estaba preparado para la obra que Dios quería hacer en él. Pero faltaba la chispa que pusiera en movimiento ese engranaje. Esa chispa fue el resultado del choque de un doble elemento.

Primero, de una realidad externa, con la que se topó, que le creó un trauma en su vida y que comenzó a desestabilizarla por dentro, hasta que no tuvo más remedio que entregarse por entero a ella, y que fueron los niños y jóvenes “que por la pobreza no podían ser llevados por sus padres a las escuelas; y por lo mismo se perdían corporal y espiritualmente, dándose a todos los vicios que la necesidad y el ocio suelen enseñar”<sup>26</sup>.

Y, segundo, de una llamada de Dios que se tradujo en ojos de fe capaces de leer de tal manera esa situación concreta, que se sintió impulsado a entregar la vida a fondo perdido por resolver la necesidad acuciante que estaba delante de él. Y es que no cabe duda que muchos en tiempos de Calasanz se dieron cuenta de la situación límite por la que pasaba la niñez y juventud pobre de Roma, y hubo incluso escritores que la describieron con tonos más bien negros, pero sólo él se lanzó a la aventura de aportar remedio a tanta necesidad y carencia.

En José de Calasanz naturaleza y gracia se aúnan estrechamente para dar como resultado la identidad de un carisma que no crea división en la persona, sino que es vivido en el gozo de experimentar que responde a la preparación de la naturaleza y a la llamada de la gracia.

Sin embargo, en el juego de la aparición del carisma no entra tan sólo Dios y la persona, influyen decisivamente los contextos históricos en los que se detectan las necesidades. ¿Cuáles fueron en la aventura de Calasanz? Es decir, ¿qué circunstancias históricas vivió José que nos permitan situar su carisma y comprenderlo mejor?

b. Ya sabemos por qué y para quiénes fundó su obra. Oigámosle de nuevo, tomando sus palabras de diversos documentos:

*“El instituto de estos Padres es dedicarse a la pía erudición y educación de los niños, sobre todo pobres, empezando por los primeros elementos...”*<sup>27</sup>. *“La mente del P. General ha sido siempre de deber enseñar a los chicos más pobres y abandonados.*

---

<sup>26</sup> V. Berro, o.c., p. 72.

<sup>27</sup> Citado en S. Giner, o.c., p. 533.

*Pues para los alumnos ricos hay otras escuelas... Quiero decir que nuestras reglas son para enseñar a los pobres y no a los ricos (a no ser por falta de maestros), siendo para los ricos todas las demás Religiones, pero solos nosotros para los pobres”<sup>28</sup>. “Esta Religión, instituida sobre todo para la educación de los pobres, no es inútil, sino necesaria, a fin que los pobres –no menos amados por Dios que los ricos– no sean excluidos de la debida formación moral y literaria”<sup>29</sup>.*

Lo había instituido para instruir y enseñar a los niños pobres, “muchos de los cuales, por la pobreza o descuido de los padres, no van a la escuela ni se dedican a algún arte o ejercicio, sino que viven dispersos y ociosos, y así con facilidad se entregan a diversos juegos, particularmente al de las cartas, y es preciso que, cuando no tienen dinero para jugar, roben en su propia casa primero y después donde pueden, o bien encuentran dinero de otras pésimas maneras”<sup>30</sup>.

Calasanz quiere dedicarse: a) a la pía erudición y educación, b) de los niños, sobre todo de los pobres –puesto que los pobres no tienen quién los acoja, en cambio los ricos sí–, c) que no van a las escuelas porque sus padres son muy pobres y no tienen forma de pagarlas, d) y hay que prepararlos para que se ganen la vida.

c. Calasanz vive en una situación concreta en la que nace su obra, que es la situación de Roma. Es cierto que posteriormente sentirá la necesidad de universalizarla, impelido sin duda por la comprensión de la riqueza de su intuición, avalada rápidamente por las peticiones que le llegan de todas partes. Llegará a decir: “Si tuviese ahora diez mil religiosos los podría repartir a todos en un mes en aquellos lugares que me los piden con grandísima instancia; así que nuestra Religión no es como muchas otras que procuran por varios medios entrar en las ciudades, pues la nuestra es requerida y procurada por muchos Señores cardenales, obispos, prelados, grandes señores y ciudades importantes”<sup>31</sup>.

¿Cómo era la Roma que encuentra Calasanz cuando semana tras semana recorre los barrios romanos como coadjutor primero y Visitador después de la Cofradía de los Doce Apóstoles?

d. Una Roma económicamente pobre. Ya de por sí la economía de la Ciudad Eterna fue siempre muy precaria. Nunca se había distinguido la Ciudad de los Papas ni por su agricultura ni por su industria ni por su comercio. En la campiña romana abundaban más los pastores que los agricultores, y dentro de la ciudad los trabajos de la industria apenas ocupaban algún centenar de obreros. El juicio que se da de los romanos, por otra parte,

<sup>28</sup> G. Sántha, San José de Calasanz. *Obra pedagógica*, BAC n. 159, 1984, p. 62.

<sup>29</sup> Citado en S. Giner, o.c., p. 534.

<sup>30</sup> Memorial a la Congregación del Santo Oficio, 1628, citado en G. Sántha, o.c., p. 55.

<sup>31</sup> C. 2027.

no es muy laudatorio, como para poder confiar en ellos para el enriquecimiento de la ciudad. Comentan que “eran flojísimos para el trabajo y dados, sobre todo, a divertirse en las hosterías y distracciones populares”<sup>32</sup>.

Hay que añadir a esto las innumerables desgracias que cayeron sobre Roma en el siglo XVI. En 1527 tuvo lugar el durísimo “saco di Roma” que empobreció aún más la ciudad; fue también visitada por la peste en diversas ocasiones durante el mismo siglo XVI, hecho que conllevó no sólo dolor y muerte, sino también mayor pobreza y pillería. La peste hizo su aparición los años 1522-23, 1527, 1576 y 1590-91.

Junto a lo dicho no podemos olvidar las inundaciones del Tíber, en aquel tiempo aún sin canalizar, y que causaban profundos estragos por doquier. Se desbordó los años 1513, 1530, 1547, 1557, 1571, 1589 y 1598. Inundaciones que no eran inocentes; por Roma, en diversos lugares, podemos aún encontrar lápidas que nos recuerdan las alturas, sobrecogedoras algunas de ellas, que alcanzaron las inundaciones. La que vivió Calasanz al poco tiempo de su llegada a Roma, la de 1598, causó numerosos estragos en los edificios y un gran número de víctimas, que van de los 1.400 según algunos, a los 4.000 según otras estadísticas. Y entonces se juntaban destrozos, muerte y hambre.

Y si queremos remachar el clavo y ensombrecer aún el cuadro, basta que añadamos las frecuentes carestías que asolaban Roma, de manera que una de las preocupaciones más acuciantes de los Papas era precisamente la de proveer de trigo a los habitantes de la ciudad.

Como ocurre siempre en semejantes situaciones, quienes cargaban con las peores consecuencias eran los pobres, que se empobrecían aún más, dando lugar a una turba miserable, la plebe, los “nihil habentes”, que lo único que buscaban era “panem et circenses”.

Si tenemos en cuenta que según un censo de febrero de 1591 Roma tenía 116.698 habitantes, que la media de vida era sensiblemente inferior a la de hoy y que el índice de natalidad era muy elevado, podremos hacernos una idea de la gran población infantil que se deslizaba por las calles y plazas romanas. Pero la gran mayoría de ellos eran hijos de familias pobres o muy pobres.

Esta fue una de las Romas que encontró Calasanz. Calles y plazas repletas de niños pobres que le ganaron el corazón. Por eso sus cartas y memoriales están llenos de niños y jóvenes pobres.

---

<sup>32</sup> P. Pecchiai, *Roma nel Cinquecento*, Bolonia, p. 319.

e. Una Roma socialmente metida en la miseria. Como resultado de la situación económica, tres lacras eran patentes en la Ciudad de los Papas, los huérfanos, los mendigos y la prostitución.

A finales del s. XVI cientos y cientos de niños abandonados vagaban por la ciudad. Es cierto que habían surgido muchas obras en su favor. En pleno s. XVI había nacido una archicofradía que se llamaba de los Huérfanos, pero fue sobre todo el famoso Leonardo Cerusi, apellidado el Literato, quien se entregó a ellos, creando un nuevo hospicio donde recogía a los necesitados que encontraba por las calles. Por su andar pausado y modesto, San Camilo de Lellis le llamó “el predicador silencioso”<sup>33</sup>.

Pero Roma estaba plagada no sólo de niños huérfanos abandonados, sino también de mendigos, que según un observador de 1601 los había “en tan gran número, que no se puede ir ni estar por las calles sin que continuamente se vea uno rodeado de ellos, con gran descontento del pueblo y de los mismos pordioseros”<sup>34</sup>. Y el Papa Sixto V los describía “sin instrucción religiosa y sin costumbres, como brutos van errantes, no buscando sino el alimento con que llenar y apacentar el vientre, hasta tal extremo que nadie les administra los sacramentos”<sup>35</sup>.

La tercera lacra era la prostitución. Escribía desde Nápoles Calasanz: “Aquí hemos abierto escuelas en el barrio de la Duchesca, y para que viniéramos nosotros lo han hecho desalojar de 600 meretrices que habitaban allí, y nos han dado para iglesia un gran edificio que servía para representar comedias, de manera que donde tanto se ofendía a Dios ahora viene alabado por más de 600 niños”<sup>36</sup>. Algo parecido sucedía en Roma, y de hecho hacia 1615 nació la costumbre de acompañar a los niños hasta sus casas, una vez terminado el ejercicio de las escuelas, porque “era cosa corriente que cuando salían de las escuelas por la mañana y la tarde hicieran en la calle muchas cosas no sólo de niños, sino otras de mala índole, y además, hombres viciosos, de los que el mundo está lleno, tienen la osadía de tentarlos y llevarlos a hacer cosas feas y nefandas”<sup>37</sup>.

f. Una Roma intelectualmente ignorante. “Es un hecho innegable que el humanismo en Roma como en todas partes, en vez de progreso, dio lugar a un retraso en el campo de la instrucción pública, por lo menos en lo que toca a prácticas realizaciones... Los exagerados estudios del humanismo hicieron que se perdiese el justo concepto de la instrucción gradual de los jóvenes, practicada ya una vez en el Medioevo, en las escuelas conventuales y diocesanas. Ahora solamente una selección muy reducida de

<sup>33</sup> Cf. G. Sántha, o.c., p. 33.

<sup>34</sup> Citado en G. Sántha, o.c., p. 31.

<sup>35</sup> *Ib.*

<sup>36</sup> C. 560.

<sup>37</sup> Citado en S. Giner, o.c., p. 476.

jóvenes de familias acomodadas –provistos por sus padres de maestros y preceptores privados– pudo dedicarse a los deseados estudios clásicos, mientras la gran masa no llegaba ni siquiera al conocimiento de la gramática. Así las escuelas públicas vinieron a ser cada vez menos y se operó el fenómeno de un gran retraso y una generalización de la ignorancia... En sustancia, que mientras en el Medioevo la instrucción había sido siempre accesible a todos, en el esplendor del Renacimiento se convierte en un lujo reservado a unos pocos privilegiados”<sup>38</sup>.

Pero no era sólo la situación intelectual la que dejaba que desear; los mismos maestros de barrio, encargados de educar al pueblo, vienen descritos con las tintas más negras, por historiadores del tiempo. El famoso cardenal y pedagogo Silvio Antoniano los presenta como “personas vagabundas e inestables y que tienen poco cuidado del aprovechamiento de los niños, antes bien ellos mismos son tales a veces que tendrían necesidad de ir a la escuela del temor de Dios y de las buenas costumbres, habiendo resultado por todo ello, aunque sin razón, el enseñar a los niños, ejercicio vil y despreciable”<sup>39</sup>.

Cuando Calasanz está en Roma y se siente preocupado por el problema de los niños pobres y de su educación, la situación de los maestros de barrio era realmente deplorable porque “con frecuencia aquellos maestros eran miserables ignorantes y de vida corrompida”, en número insuficiente para la gran urbe, y, además, “no debe olvidarse que la mayor parte de los verdaderamente pobres no recibían instrucción ni educación ni siquiera de ellos, pues que, dada su extrema necesidad, también exigían alguna aportación”<sup>40</sup>.

Poco, pues, podía confiar Calasanz en estas personas de frente a la solución del problema que detectaba todos los días. Su respuesta a la necesidad de los pobres era una respuesta urgida por las mil circunstancias de la situación histórica que le había tocado vivir.

g. Una Roma que en lo religioso aunaba la presencia de grandes santos y hombres de Dios, con la ignorancia profunda de los pobres, que, también en este campo, eran los más necesitados.

Efectivamente, parece como si una mano misteriosa hubiese reunido en Roma, de mediados del s. XV a mediados del XVI, un número no pequeño de personas que han enaltecido la vida cristiana. Allí encontró Calasanz a S. Felipe Neri, fundador del Oratorio; a S. Juan Bautista de la Concepción, reformador de los trinitarios; a S. Juan Leonardi, fundador de la Congregación de Sacerdotes reformados de la B. Virgen,

---

<sup>38</sup> G. Sántha, o.c., pp. 35-36.

<sup>39</sup> Citado en G. Sántha, o.c., p. 41.

<sup>40</sup> G. Sántha, o.c., p. 43.

que cambiaron posteriormente de título por el de la Madre de Dios; y a S. Camilo de Lellis, fundador de los Ministros de los Enfermos. Además tres venerables carmelitas descalzos que implantaron la descalcez en Italia, y que fueron amigos y confesores de Calasanz, llamados Pedro de la Madre de Dios, Juan de Jesús y María y Domingo de Jesús y María. Es decir, que Calasanz se movió en un círculo de personas preclaras por su espíritu y vida cristiana.

Pero si nos acercamos a los pobres que hemos visto que inundaban la Roma de finales del XVI, tenemos que decir que la formación religiosa que poseían era muy poca y pobre. Por distintas razones. Porque el Colegio Romano, que atendía a casi un millar de jóvenes, requería, sin embargo, para la admisión en sus aulas que los alumnos supieran ya leer, escribir y gramática latina “hasta los verbos irregulares”, con lo que, quizás sin desearlo, condenaban al ostracismo a los más pobres de los pobres, ¡y eran tantos en Roma! Existían también las instituciones parroquiales, pero pocos acudían a ellas –a pesar de las censuras de Trento–, además de que faltaban en ellas un serio control.

Por otra parte, la enseñanza de la doctrina no podía ser base muy sólida de formación en aquellos que la recibían una sola vez a la semana, no tenían libros para repasar lo aprendido, ni siquiera sabían leer ni escribir, y todo el aprendizaje tenía que sostenerse simplemente en el ejercicio de la memoria, ya que no tenían un desenvolvimiento armónico de las facultades intelectuales y morales. “De aquí que sólo en unos pocos podía nacer una fe fuerte como ‘rationabile obsequium’ y que en un número aún más reducido de alumnos pudiera ser conservada en las luchas cotidianas de la vida”<sup>41</sup>.

h. Estas eran las circunstancias históricas en las que se encontró José de Calasanz. Una vocación no surge en la vida de una persona por generación espontánea, ni es un simple hecho espiritual desencarnado. Más bien, con frecuencia son las impelentes necesidades humanas, leídas y vividas desde la fe y con ojos cristianos, las que impulsan y favorecen esa intuición espiritual que se concreta en ayuda a los hombres, y que hemos llamado “carisma”.

Calasanz se encontró con una inmensa multitud de niños pobres:

- condenados a la pobreza y al vicio;
- sin nadie que les educara en las ciencias, dándoles los medios necesarios para ganarse la vida y emprender un camino de superación social;
- sin posibilidad de conocer y vivir su pertenencia real y viva al Pueblo de Dios;
- metidos en grandes peligros morales que les acechaban por todas partes;
- sin apenas medios para salir de su ignorancia religiosa y humana.

<sup>41</sup> G. Sántha, o.c., p. 48.

Sintió la necesidad cristiana de poner remedio a semejante situación, y se le despertó por dentro aquella intuición de gracia que obscuramente había percibido ya en España. Y se lanzó a la tarea. Y a medida que se daba al trabajo se le iban iluminando los ojos e iba comprendiendo que aquella era la tarea que Dios le había reservado, es decir, se iba posesionando del carisma.

#### 4. La expresión viva del carisma de José de Calasanz

a. Escribía Berro narrando el momento decisivo del comienzo de las Escuelas Pías: “... y dándose cuenta de que en Roma, entre tantas obras de caridad no había manera de ayudar a los niños pobres, pensó que Dios le hubiera dejado esa misión, y confiando en su Divina Majestad, se sometió a este querer divino con tanto afecto, que creyó que haría una cosa muy grata a Dios si ayudaba a los niños pobres, y les enseñaba la piedad cristiana con el cebo de las letras...”<sup>42</sup>.

Expresando de una manera sintética lo que brevemente explicamos a continuación, podemos decir que el genio carismático de Calasanz se manifiesta poniendo en pie a) una obra que procura el bien de la sociedad, b) al mismo tiempo que el bien espiritual de los niños, c) de toda clase y condición, pero sobre todo los pobres, d) a través de la enseñanza primaria, e) que les prepara o bien para continuar la enseñanza superior, f) o bien para ganarse la vida, g) instituyendo para ello la primera escuela pública popular gratuita de Europa.

b. Intención fundamental de Calasanz al fundar su obra fue buscar el bien de la sociedad. Lo dice con mucha claridad en sus Constituciones: “Concilios Ecuménicos, Santos Padres, filósofos de recto criterio afirman, de consuno, que la Reforma de la Sociedad Cristiana radica en la diligente práctica de tal misión”<sup>43</sup>. Y de manera evidentísima aparece su intención en un Memorial de 1626, que dice:

*“Es propio del Instituto de las Escuelas Pías enseñar a los muchachos y particularmente a los pobres, muchos de los cuales por la pobreza o dejadez de sus padres no vienen a las escuelas ni aprenden oficio o ejercicio alguno, sino que van perdidos y ociosos y por tanto fácilmente se dan a diversos juegos, sobre todo a las cartas, y necesariamente cuando no tienen dinero para jugar han de robarlo primero en su casa y luego donde puedan, o bien lo encontrarán por otros pésimos modos. Para atajar desde el principio un mal tan pernicioso para la sociedad, los Padres de las Escuelas Pías se ofrecen a la fatigosa tarea de enseñarles por caridad. Si Vuestras Señorías Ilmas. se*

---

<sup>42</sup> *Annotazioni...*, p. 21.

<sup>43</sup> Constituciones de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, en “Constituciones de la Orden de las Escuelas Pías”, Madrid 2004, nº 2.

*complacen en pensar y procurar algún modo de ayudar a dichos muchachos pobres, será librarles de la horca y las galeras, donde suelen ir a parar de ordinario cuando son mayores quienes de pequeños se educan con tales vicios*<sup>44</sup>.

Volvió sobre el tema al final de su vida, en 1645, en un largo Memorial que empieza de este modo: “El Instituto de las Escuelas Pías, que consiste en la instrucción y educación cristiana de los niños, sobre todo pobres, llevado a cabo por los Pobres de la Madre de Dios, no se puede negar que en la sociedad cristiana no sólo no es superfluo, sino necesario... como principalmente por la razón especial de que la sociedad cristiana consta en su mayor parte de ciudades, pueblos y personas pobres, que por tener que ganarse el sustento diario con su propia fatiga, no tienen tiempo para preocuparse de sus hijos”<sup>45</sup>.

c. Pero no era simplemente la filantropía lo que se había desatado en el corazón de Calasanz. Buscaba el bien de la sociedad, pero junto a él –y antes que él– deseaba el bien espiritual de los niños. Le hemos oído a Berro: “... queriendo con el cebo de las letras amaestrarlos en la piedad cristiana”. Y esta intención aparece repetidamente en sus cartas: “Procure ayudar con gran caridad y paciencia a los muchachos, sobre todo en el santo temor de Dios”<sup>46</sup>; “hagan que tengan frecuentes exhortaciones espirituales los alumnos y que conozcan la vida de Cristo”<sup>47</sup>; “ponga toda diligencia en hacer que los alumnos aprendan con las letras el santo temor de Dios, que es el fin de nuestro Instituto”<sup>48</sup>.

d. La obra de las Escuelas Pías nacieron para los niños pobres. Lo hemos visto claramente en el primer apartado, cuando hemos hablado del proceso que vivió Calasanz hasta posesionarse de su carisma. Buscando una solución al problema de los pobres, logró que la escolita de Santa Dorotea fuera sólo para ellos, y en su búsqueda dejó el Trastévere, pasó el río y se adentró en Roma “conociendo la gran pobreza que había”<sup>49</sup>. Incluso en un principio dado que la demanda era muy grande y no había lugar para todos, Calasanz deseando favorecer precisamente a los pobres –y quizás en un gesto de entendimiento con los maestros de barrio–, obliga al “certificado de pobreza”, documento firmado por el párroco o el confesor, acreditativo de la necesidad auténtica de aquel en favor de quien venía extendido. Era el único modo de que las escuelas no las ocuparan quienes de alguna manera podían pagar la educación e instrucción que reci-

<sup>44</sup> Citado en S. Giner, o.c., p. 592.

<sup>45</sup> *Id.*, pp. 593-594.

<sup>46</sup> C. 862.

<sup>47</sup> C. 594.

<sup>48</sup> C. 2223.

<sup>49</sup> C. 4185.

bían. Y así fue durante al menos un decenio, durante el cual las Escuelas Pías crecían constantemente en la ciudad de Roma.

Sin embargo, en el momento en que nace la Congregación Paulina<sup>50</sup>, ya no se alude a semejante certificado, con lo cual las Escuelas Pías estarán abiertas a toda clase de niños, ricos y pobres, nobles y plebeyos, pero atendiendo de manera especial a los pobres. Lo había dicho Calasanz en el “Sumario del Instituto de la Congregación Paulina: “... tienen por su instituto propio y particular la buena erudición y pía educación de Niños de todo stado particularmente de los pobres”<sup>51</sup>. De la misma forma indicaba el Fundador de esta manera su pensamiento: “La mente del P. General ha sido siempre de deber enseñar a los chicos más pobres y abandonados”. Y en sus cartas, con insaciable repetición, lo indica constantemente: “Manténganse todos con la firme esperanza de que Dios responderá por nuestro Instituto, el cual se funda sólo en la caridad de enseñar a los niños, especialmente pobres”<sup>52</sup>. “Para encontrar las limosnas necesarias, el medio más eficaz es emplear toda diligencia en que vayan bien las escuelas y se enseñe el santo temor de Dios a los niños, principalmente a los pobres”<sup>53</sup>.

e. Pero, ¿cómo atiende Calasanz a las necesidades que se le hacen patentes en aquella turba ingente de niños necesitados? A través de la conciencia que tiene de la importancia de la educación. Conciencia que se explicita creando una escuela nueva en cuanto que posee los siguientes rasgos: gratuita, popular, pública y primaria.

La importancia trascendental de la educación se transparenta de manera contundente en el Memorial al cardenal Tonti. Todo él es un canto a esa importancia: “Acaso el principal para la reforma de las corrompidas costumbres”<sup>54</sup>. Este “ministerio que consiste en la buena educación de los muchachos en cuanto que de ella depende todo el resto del buen o mal vivir del hombre futuro”<sup>55</sup>, es “remedio eficaz, preventivo y curativo del mal, inductor e iluminador para el bien, destinado a todos los muchachos de cualquier condición –y, por tanto, a todos los hombres, que pasan primero por esa

<sup>50</sup> La necesidad del certificado de pobreza había desaparecido, en parte, en 1613 en el momento de la unión de las Escuelas Pías con la Congregación Luquesa, ya que en ese momento se pide “que en las Escuelas Pías de la ciudad de Roma, se admitan solamente a los pobres con testimonio de sus Párrocos, que sean tales, o siendo hijos de familias nobles venidas a menos, con el testimonio del confesor o de otra persona fidedigna; pero fuera de la ciudad de Roma se puedan admitir todos sin otro testimonio”. Citado S. Giner, o.c., p. 498.

<sup>51</sup> .I C. 7 c.

<sup>52</sup> G. L. Moncallero, G. Limiti, *Il Codice Calasanziano Palermitano (1603-1648)*, Edizioni Ateneo, Roma, 1965, c. 94.

<sup>53</sup> C. 2336.

<sup>54</sup> J. M. Lesaga y otros, *Documentos fundacionales de las Escuelas Pías*, Ed. Calasancias, Salamanca 1979, p. 184, n. 5.

<sup>55</sup> *Ib.*

edad— mediante las letras y el espíritu, las buenas costumbres y maneras, la luz de Dios y del mundo”<sup>56</sup>.

Por eso ensalzaré Calasanz el ministerio de las Escuelas Pías en una especie de himno paulino en cuanto que “ayuda a todos en todo, sin ninguna excepción de personas”, produce “numerosos cambios de vida... como puede comprobarse con frecuencia entre los muchachos”, evita “la corrupción de costumbres y ese predominio del vicio que reinan en los de educación mala”, y crea ciudadanos buenos, “lo cual se ve más claro por los efectos contrarios de las personas educadas mal, que con sus acciones vituperables perturban la paz del Estado e inquietan a los ciudadanos”<sup>57</sup>.

Para que sus escuelas lleguen a todos Calasanz las hace gratuitas. La gratuidad es la innovación profunda que hace que su Instituto se multiplique por todas partes, y que afluyan a él niños de todos los lugares y en número elevadísimo. En el primer apartado hemos seguido a Calasanz en su decisión y empeño por lograr la gratuidad de sus escuelas. Más aún, cuando se cree la Congregación Paulina, quitará el “certificado de pobreza”, necesario para entrar en las escuelas, pero se mantendrá constante —porque atañía a una de las convicciones más profundas de su ministerio— en el tema de la gratuidad. Sólo podían ser las escuelas para todos, de manera especial para los pobres, si eran de verdad gratuitas.

La escuela que Calasanz encuentra en Santa Dorotea tiene un aire especial porque aún un doble elemento: por una parte, lo que era la escuela dominical de la doctrina cristiana, en la que se enseñaba el catecismo y que funcionaba exclusivamente los días de fiesta y, por otra, las escuelas de los maestros de barrio en las que se enseñaba lectura, escritura, ábaco —y a veces algo de doctrina cristiana—, pero era diaria. Estos dos tipos de escuela que caminaban cada una por su lado se habían dado la mano en Santa Dorotea, y por eso le agradó profundamente a Calasanz. El, sin embargo, añadió —transformándola así de manera radical— la gratuidad.

Pero como los niños acudían en tan gran número, todo esto obligó a Calasanz “a romper los moldes tradicionales de las escuelas de barrio y crear un nuevo sistema escolar, agrupando los alumnos en aulas, según las distintas asignaturas o grados de las mismas y poniendo al frente de cada grupo un maestro. Estaba naciendo un nuevo tipo de escuela, la escuela primaria graduada, y un nuevo método didáctico, que se llamaría luego método simultáneo. Y esto todavía en Santa Dorotea, como hace notar Berro: ‘dividió primeramente las escuelas con un orden y moda tan admirable que los chicos hacían progresos notables en poco tiempo’<sup>58</sup>.

<sup>56</sup> *Id.*, p. 185, n. 9.

<sup>57</sup> *Id.*, n. 10, 12, 14.

<sup>58</sup> S. Giner, o.c., p. 631.

f. “Sería equivocado creer que Calasanz con su Instituto de las Escuelas Pías haya querido fundar tan sólo una escuela elemental gratuita en el sentido más simple de la palabra, es decir, una escuela limitada sólo a escritura, lectura, ábaco y doctrina cristiana; ya en sus Constituciones añadió el santo a todo esto la enseñanza de la lengua latina, y por las declaraciones diferentes, suyas y de sus compañeros, resulta clarísimo que si el fundamento de su Instituto fue la escuela elemental, con todo, Calasanz mismo la quiso al momento completar con los elementos de una modesta formación humanística, para poder proporcionar así a sus pobres una cierta cultura general que les pudiera abrir el camino para diversas profesiones hasta entonces imposibles de alcanzar para ellos. Y por eso, si queremos servirnos de un término técnico moderno, podemos decir, sin temor de falsificar los hechos, que Calasanz, además de la escuela elemental, quiso también la enseñanza media con la lengua latina, las humanidades, la retórica y casos de conciencia, porque sólo así veía asegurada la suerte de la clase pobre y efectuada la verdadera reforma de la república cristiana”<sup>59</sup>.

g. En sus Constituciones había escrito José de Calasanz: “En casi todos los Estados la mayoría de sus ciudadanos son pobres y sólo por un breve tiempo pueden mantener a sus hijos en la escuela. Por ello, cuide el Superior de designar un maestro diligente para estos muchachos: les enseñará escritura y cálculo; así podrán ganarse la vida más fácilmente”<sup>60</sup>.

Dos salidas se daban en las escuelas de Calasanz. Por una parte estaban quienes se preparaban para entrar en el Colegio Romano, terminados los estudios en las Escuelas Pías. De hecho, según uno de los primeros documentos en que se explica la organización de los estudios, resulta que en las Escuelas Pías, en un momento determinado, “algunos van a oír lógica, otros se hacen religiosos, otros van a dar humanidades en el Colegio Romano”. Es decir, que no existía ninguna competencia entre las escuelas de Calasanz y las de los jesuitas, sino todo lo contrario, en las primeras se preparaba a los niños para su ingreso en las segundas.

La otra salida era precisamente la vida misma. Para ella los preparaba Calasanz, y de ahí que insistiera en todas las materias que podían ser de ayuda a los pobres para ganarse el pan de cada día. “No me podrá hacer cosa más grata, escribía a uno de sus religiosos, que enseñar con toda diligencia la aritmética al padre Ignacio y a cualquier otro de los nuestros, si lo hay que quiera aprender. Use toda diligencia, porque esta ciencia y su enseñanza es muy útil para los pobres, que no tienen dinero para poder vivir sin trabajar”<sup>61</sup>. “Me parece importante que cada casa prepare algunos para la escuela

---

<sup>59</sup> G. Sántha, o.c., p. 67.

<sup>60</sup> CC. n° 198.

<sup>61</sup> C. 3753.

de caligrafía y aritmética... Porque de esa escuela salen al mundo para aprender algún arte, e importa muchísimo que vayan bien formados en el santo temor de Dios”<sup>62</sup>.

Precisamente porque daba tanta importancia a la enseñanza de los niños para que pudieran luego hacer frente a la vida, y no cayeran en toda clase de vicios y pecados, exigía con rigurosidad la asistencia de los alumnos a las clases, y pedía la colaboración de sus padres, y aun la de la autoridad pública: “... y como no hay otra escuela, procure que el lugarteniente ordene a los alguaciles que no permitan a los niños vagar por la ciudad, sino que vayan a trabajar o a la escuela. Hablo lógicamente de los pobres, porque los ricos no permitirán que sus hijos estén ociosos, lo que sería una gran desgracia tanto para los padres como para los hijos”<sup>63</sup>.

h. En consecuencia, ¿cómo se expresó vivamente el carisma de José de Calasanz? Instituyendo una escuela elemental, cotidiana y gratuita, junto con una especie de escuela media, que miraba toda ella al bien de los niños y de los jóvenes de toda clase y condición, pero de un modo especial de los pobres. Este fue el ministerio del que se enamoró perdidamente, por el que dio la vida, en favor del cual fundó una Orden religiosa, y sobre el que insistió diariamente a sus religiosos. Dentro del ámbito histórico que hemos pergeñado brevemente en el apartado anterior, hay que escuchar cómo insistía Calasanz a sus hijos:

*“Por ser el de la escuela nuestro principal ministerio, se debe procurar que se ejercite con diligencia en las materias literarias, para atraer a los alumnos a las escuelas. Pero nuestro fin principal ha de ser enseñar el temor de Dios, que todo maestro está obligado a cumplir, bajo pena de que su trabajo material quede sin el premio de la vida eterna”<sup>64</sup>. “No puedo dejar de recordar en todas las cartas que se atiende con todo cuidado a la enseñanza... porque éste de las escuelas es nuestro ministerio específico”<sup>65</sup>. “Procuren dar todos buen ejemplo y atender con toda diligencia a las escuelas, que éste es nuestro ministerio. Y debemos ejercitarlo bien, para que los jóvenes aprovechen en las letras y el espíritu, y sus padres y parientes se sientan contentos y satisfechos”<sup>66</sup>. “Me agrada mucho que vayan bien las escuelas, y no puede darme noticia más agradable que comunicarme el aprovechamiento de los alumnos”<sup>67</sup>.*

Este fue el carisma de Calasanz y la expresión del mismo dentro de las circunstancias históricas que le tocó vivir. Sin embargo, poco pueden las ideas si no hay hombres preparados para llevarlas a término, para encarnarlas y darles vida. Para poco hubiera

<sup>62</sup> C. 2742.

<sup>63</sup> C. 444.

<sup>64</sup> C. 2876.

<sup>65</sup> C. 1287.

<sup>66</sup> C. 1153.

<sup>67</sup> C. 581.

servido todo lo que pensó e ideó Calasanz sin maestros capaces de entender su ministerio, enamorarse del mismo, y sin ánimos para dedicarse por entero a él. Por eso, ¿cómo habían de ser los maestros de las Escuelas Pías? ¿Cuál era la idea que tenía Calasanz de la persona preparada para las escuelas que él había fundado?

### **5. Algunas pinceladas de lo que debe ser el maestro de las escuelas según Calasanz**

El proyecto de Calasanz no podía ir adelante sin hombres capaces y preparados para hacer realidad la idea que él había concebido. Y en la preparación de estos sujetos puso todo su empeño el Fundador. No podemos describir aquí con detalle la idea que se había forjado de lo que tenían que ser los maestros de sus escuelas; además, ha sido ya expuesto hermosamente<sup>68</sup>. Conviene, no obstante, indicar las líneas fundamentales.

a. El alto concepto que tiene el Fundador del educador calasancio se expresa en la definición que da del mismo, al llamarlo “Cooperador de la verdad”<sup>69</sup>, más exactamente, cooperador de Dios en la difusión de la verdad (o Verdad). En el Memorial al cardenal Tonti lo denomina también “pastor bueno”. El maestro de sus escuelas ha de llegar a ser un idóneo cooperador de la verdad, y en orden a ese fin le va a exigir vida interior ejemplar, erudición suficiente, cualidades pedagógicas importantes y el conocimiento de eficaces métodos pedagógicos. Claro que para dibujar la figura del maestro calasancio hay que preguntarse por las cualidades que ha de tener para que sea un auténtico cooperador de la verdad.

b. Calasanz se preocupaba del maestro en toda su realidad personal, desde la estructura física a la constitución síquica, y eso sin duda porque la experiencia le había enseñado que ciertos tipos de caracteres son educadores por naturaleza, mientras que es mejor que otros no aborden nunca la tarea de la enseñanza porque podrían causar más mal que bien. De un modo general, deseaba “óptimos” educadores, aunque por este motivo tuvieran que ser menos; y es que estaba convencido, y lo repetía a diestro y siniestro, que “es mejor ser pocos y buenos que muchos imperfectos”<sup>70</sup>; por eso, no quería aceptar personas “que no saben lo que es conveniente que sepan”<sup>71</sup>. Se mostró siempre exigente en la admisión de quienes se tenían que dedicar a la educación de los pobres.

---

<sup>68</sup> Cf. G. Sántha, o.c., pp. 75-252.

<sup>69</sup> CC. 3.

<sup>70</sup> C. 1386.

<sup>71</sup> C. 674.

c. Quería que sus maestros gozaran de buena salud tanto corporal como espiritual. Por eso pedía que el maestro fuera “robusto y sano”<sup>72</sup>, pues los enfermizos poco fruto pueden conseguir para el Instituto<sup>73</sup>. Y le interesaba tanto este tema que exigía a los superiores que le informaran todos los meses sobre el personal docente, sobre todo bajo cuatro aspectos: letras, costumbres, talento y salud.

Por eso mismo alejaba del magisterio a quienes poseían algún defecto corporal grave, así como a quienes presentaban alguna anomalía síquica o dificultad en el hablar, al no poder ejercitar en el modo debido y digno la enseñanza.

En lo referente a las anomalías mentales, desechaba a los caracteres inconstantes e inquietos, a los caprichosos<sup>74</sup>, los obstinados<sup>75</sup>, los iracundos o supersticiosos por naturaleza<sup>76</sup>. Aborrecía además profundamente la melancolía<sup>77</sup>, porque según él los melancólicos “suelen ser de juicio obstinado y con facilidad acaban tísicos”<sup>78</sup>. La melancolía, al parecer de Calasanz, nace de falta de humildad, virtud que veremos requiere para sus maestros, y produce una tristeza habitual que impide al maestro realizar el trabajo como lo debe hacer. En la misma “Ratio Studiorum” había escrito: “Este ejercicio hay que realizarlo con alegría, como nos exhorta san Pablo que ‘Dios ama al que da con alegría’”.

Asimismo aleja de la vocación pedagógica a quienes presentan alguna tara hereditaria o inclinación malsana en el campo de la castidad.

d. Si nos acercamos a las cualidades espirituales que debe poseer el maestro de sus escuelas, la primera virtud que exige Calasanz es el amor a Dios y al prójimo, que toma forma concreta en la *caridad pedagógica*, distintivo precioso del educador calasancio. A sus maestros presentes y futuros los quiere “heroicos en el puro amor de Dios, que es el primero y principal precepto de la Santísima ley del Señor”<sup>79</sup>. El mismo santo dio ejemplo cumplido de ese amor hasta las últimas consecuencias cuando, destruida la Orden, confesaba que estaba dispuesto “a morir antes que abandonar la empresa”<sup>80</sup>.

<sup>72</sup> C. 351.

<sup>73</sup> Cf. C. 562.

<sup>74</sup> Cf. C. 931.

<sup>75</sup> Cf. 1840.

<sup>76</sup> Cf. G. Sántha, o.c., p. 79.

<sup>77</sup> Durante los siglos XVI y XVII “melancolía” equivalía a lo que ahora llamamos “depresión”. Una persona “melancólica” era una persona “depresiva”. Cf. Juan Antonio Nagera, *Ante la depresión*, Planeta, Madrid 1987, p. 44.

<sup>78</sup> C. 1461.

<sup>79</sup> C. 4024.

<sup>80</sup> C. 1148.

La forma concreta como se manifiesta ese amor viene descrita de infinidad de maneras en las cartas del santo: “el servicio de los niños”, “el ejercicio en favor de los pequeñines”, “El empeño por preservarlos y sanarlos del mal”, o “por enderezarlos por el buen camino”, “salvar sus almas y cuerpos al mismo tiempo”, “iluminarlos con la luz de Dios y del mundo”.

e. ¿Qué características presenta la *caridad pedagógica* o el amor del maestro calasancio?

- a) ha de ser paternal;
- b) en consecuencia, “debe atraer a los escolares mostrándose más padre para ellos que no juez riguroso”<sup>81</sup>, y por ello debe “enseñarles con tal afecto que los escolares adviertan que desea su aprovechamiento”<sup>82</sup>;
- c) como verdadero padre tiene que manifestar a los alumnos la benignidad y mansedumbre del Señor, y en el trato y magisterio con ellos les debe convencer “con la verdad declarada, con amor de padre, mucho más que con gritos y palabras injuriosas”<sup>83</sup>;
- d) si debe castigar, lo hará de manera que nunca dañe la salud de los niños, que espere que con él se obtendrá la enmienda y no el empeoramiento en el mal<sup>84</sup>, cuando el bien que se espera no pueda ser obtenido con otros medios, y de tal manera que el niño se convenza de que el castigo merecido era superior al que ha recibido<sup>85</sup>;
- e) y como resultado de todo ello el maestro no debe mostrarse ni demasiado indulgente, de forma que los niños hagan lo que quieren con él, con lo que su magisterio no obtendría ningún fruto, ni tampoco excesivamente afectuoso, manifestando inclinación hacia alguno en particular; más bien “ha de usar con todos (los alumnos) el mismo cariño, sin dar a entender particular afecto por nadie”<sup>86</sup>.

f. El amor para que sea digno de sí mismo ha de ir acompañado de la paciencia, como lo decía ya san Pablo: “La caridad es paciente”. Paciencia que se manifiesta dentro de la actividad educativa de muchas maneras: el maestro no ha de enfadarse “porque nunca se ha alabado gobernar gritando”<sup>87</sup>; ni ha de usar palabras mordaces, ni ha de manifestar ira, porque allí donde se descubre la ira, nadie hace caso de las palabras<sup>88</sup>. Paciencia que ha

---

<sup>81</sup> C. 373.

<sup>82</sup> C. 318.

<sup>83</sup> C. 2414.

<sup>84</sup> Cf. C. 1815.

<sup>85</sup> Cf. C. 224.

<sup>86</sup> C. 713.

<sup>87</sup> C. 2229.

<sup>88</sup> Cf. C. 3279.

de conducir al maestro a “compadecerse de la debilidad de los súbditos y que debe advertirlos y enmendarlos con amor paterno”<sup>89</sup>. Para Calasanz la paciencia está a la base de la esperanza sin límites que tenía en la posibilidad de enmienda de los niños; paciencia a su vez que conduce al olvido del pasado y a disimular las pequeñas faltas, teniendo en cambio cuidado “de las inclinaciones y faltas que más bien se cometen con frecuencia”<sup>90</sup>.

Es hermosa la recomendación que daba en una ocasión a un educador al indicarle que debía poseer “una paciencia grande para saberse servir del talento que descubra en los súbditos, y saber además, con afecto paternal, poner remedio a las faltas e imperfecciones, exhortándolos uno a uno”<sup>91</sup>.

g. Virtud necesaria y diríamos indispensable para el educador calasancio es la humildad. Virtud eje de toda la experiencia espiritual y pedagógica de las escuelas del Fundador. Desde distintas perspectivas es requerida la humildad por Calasanz.

Primero, porque el ministerio de enseñar a los niños pequeños y pobres era en aquel tiempo algo verdaderamente despreciable. Lo había escrito el cardenal Silvio Antoniano describiendo a los maestros de barrio, “habiendo resultado por todo ello, aunque sin razón, el enseñar a los niños, ejercicio vil y despreciable”. Y Juan Luis Vives le escribía a Erasmo: “Siento tal repugnancia por las escuelas, que haría cualquier cosa antes que volver a esas inmundicias y tratar con críos”<sup>92</sup>. Por eso le escribía el santo en una de sus cartas al P. Cherubini: “... aprendan a humillarse interiormente cuanto puedan, para que sean dignos para un ejercicio tan apto como es el de enseñar a los niños que al mundo, nuestro enemigo, le parece tan bajo y vil”<sup>93</sup>. Estaba convencido que nunca faltarán maestros que “considerarán un gran beneficio humillarse no sólo a enseñar a escribir y ábaco, sino incluso a leer a los pequeñitos”<sup>94</sup>.

En segundo lugar se requiere la humildad porque es algo inherente al ministerio de la enseñanza. Enseñar requiere siempre abajarse al nivel cultural y moral del niño, y esto lo puede vivir el adulto como una humillación. “No sería poco si supiéramos humillarnos (abajarnos) a la capacidad de los niños, a cuya instrucción nos ha ordenado la Santa Iglesia”<sup>95</sup>. Por eso los espíritus orgullosos, pagados de sí mismos, nunca podrán ser buenos educadores, porque centrados en su propia persona, se mostrarán incapaces de la sencillez del abajamiento a las necesidades de los niños pequeños, pobres e ignorantes. Les parecerá perder tiempo y posibilidades.

<sup>89</sup> C. 549.

<sup>90</sup> Cf. C. 2602.

<sup>91</sup> C. 3721.

<sup>92</sup> Citado en S. Giner, o.c., p. 442, n. 96.

<sup>93</sup> C. 1160.

<sup>94</sup> C. 4276.

<sup>95</sup> C. 2577.

En tercer lugar, si el educador es “Cooperador de la verdad”, necesita la humildad porque es la virtud que le pone en comunicación con Dios, le impetra la iluminación divina (“Le pido que entre en el verdadero camino de la humildad, jugándose tan bajo cuanto pueda, si quiere que Dios le ilumine”)<sup>96</sup>, y además es virtud necesaria porque “hace a los hombres muy aptos para conocer la verdad y amar el bien”<sup>97</sup>. En este sentido podemos afirmar que es la virtud pedagógica por excelencia. Lo expresaba el santo Fundador de una manera muy tajante: “si es muy humilde será de gran ayuda a los escolares y al Instituto, mientras que si no sabe humillarse no servirá ni para los escolares ni para Ud. mismo”<sup>98</sup>.

Esto conlleva que el educador no pueda enorgullecerse en ningún momento por el resultado de su trabajo “porque bien podría suceder que el aprovechamiento de los niños se debiera más a la oración de los demás que no a su propio cansancio”<sup>99</sup>.

Frutos inseparables de la humildad son la sencillez y la modestia que Calasanz deseaba estuvieran presentes en la vida de sus maestros: “Camine con gran sencillez enseñando a los escolares las letras y el santo tenor de Dios”<sup>100</sup>.

h. Además de lo señalado hasta aquí, el educador o maestro calasancio debía gozar ante sus alumnos de verdadera autoridad; por ello debía hacerse estimar, reverenciar, respetar, obedecer y amar por parte de sus alumnos. Y si todo maestro busca que esto sea verdad en el ejercicio de su actividad pedagógica, para Calasanz son importantes las bases sobre las que se fundamenta la exigencia de semejantes actitudes. Ha de buscar esa simbiosis tan delicada de severidad y benignidad, autoridad y discreción, de forma que sea más amado que temido.

Tuvo cuidado de todo lo que podía hacer disminuir la autoridad que necesitan los maestros para educar; por eso cuidaba su preparación, de forma que en ningún momento pudieran comprometer el éxito de su magisterio por falta de ciencia o con un comportamiento poco pedagógico: “Cada casa, determinó en sus Constituciones, mantendrá al menos dos de nuestros juniros, para que estudien, los cuales podrán suplir a quien esté impedido por enfermedad u otro motivo justo. Y esto hasta que la Congregación tenga en cada Provincia una casa que pueda proporcionar a las demás de esa Provincia educadores capacitados”<sup>101</sup>; “... sería un gran error que se vieran fuera cosas nuestras con errores ya que perderíamos mucho crédito por tan poca diligencia”<sup>102</sup>.

---

<sup>96</sup> C. 649.

<sup>97</sup> C. 4532.

<sup>98</sup> C. 899.

<sup>99</sup> C. 2947.

<sup>100</sup> C. 1928.

<sup>101</sup> CC. 204.

<sup>102</sup> C. 1970.

La autoridad debe ir unida a la ejemplaridad. Lo dice el adagio y lo repite el Fundador que “más mueven los ejemplos que las palabras”, y por eso el educador “debe primero obrar y luego enseñar”<sup>103</sup>. El buen ejemplo era para José de Calasanz uno de los puntos claves en la actuación de sus maestros. Actitud ejemplar que debía abarcar tanto el campo de las letras como el del espíritu. El educador ha de edificar con su doctrina y modo de proceder, porque ha de ser consciente en todo momento de que “la más mínima falta que descubran en él producirá gran daño a los alumnos”<sup>104</sup>.

Finalmente, ha de tener buen ojo clínico para conocer profundamente a los alumnos. Calasanz se preocupó mucho por esta cualidad del maestro, que tenía su correlativo en la vida religiosa, en el superior, o dentro del noviciado en el maestro de novicios. Se fijaba siempre en el niño, en el súbdito, en el novicio; atendía a las cualidades que poseía, y su buen hacer pedagógico le llevaba a procurar la acomodación a cada uno, es decir, a una atención personalizada. “Hay que usar tal estratagema que haga trabajar a cada uno en aquello para lo que posee talento”<sup>105</sup>. Por eso el maestro tenía que conocer muy bien “la inclinación de cada uno”<sup>106</sup>, y sondear la “interna pensión”<sup>107</sup>.

i. Como síntesis diríamos que el educador calasancio

a. Como substrato biosíquico:

- debe tener buena salud corporal y espiritual;
- y debe ser persona normal y equilibrada.

b. Como cualidades concretas, debe poseer:

- auténtico amor a Dios y al prójimo;
- paciencia extrema;
- sincera humildad, que, según Sta. Teresa de Jesús, es “andar en verdad”;
- vida interior seria;
- autoridad ni demasiado severa, ni excesivamente indulgente;
- buen ejemplo;
- conocedor de sus alumnos y de las cualidades que poseen, para sacar de cada uno el mejor provecho;
- afabilidad con sus alumnos, sin ofenderles sino más bien ayudándolos a ser personas adultas.

<sup>103</sup> C. 3055.

<sup>104</sup> C. 2938.

<sup>105</sup> C. 1227.

<sup>106</sup> C. *Ib.*

<sup>107</sup> CC. 23.

## 6. Conclusión

Hemos visto el proceso que siguió José de Calasanz hasta llegar a comprometerse totalmente con la misión que Dios le había dado, la educación integral de los niños y jóvenes, principalmente pobres. Camino que fue haciendo guiado por el deseo de poner remedio a una necesidad urgente que vivía diariamente. Nunca había pensado que su vida pudiera derivar hacia aquellos derroteros. Pero ningún cristiano puede sentirse ajeno al drama que sufren sus hermanos. Y Calasanz acabó siendo lo que jamás habían pensado ser; acabó viviendo lo que jamás había pensado vivir; acabó dándose por entero a lo que jamás había pensado dedicarse. Fue un itinerario de amor y de gracia, pero también de coraje humano y de dedicación a los pobres.

Hemos visto también que la vocación educadora no es una realidad etérea, bajada de lo alto en una especie de relación entre dos –Dios y el hombre–, sin que nada tengan que ver el entorno, el ambiente, la realidad sociocultural. Al revés, en Calasanz está bien claro la importancia decisiva de todos estos elementos. Por eso hemos descrito la Roma de su tiempo, las necesidades evidentes, las circunstancias concretas. La vocación educadora, cuando es entrega sincera al pobre y necesitado, procede de la constatación de los urgentes problemas que viven los pobres, convertidos en llamada divina dirigida al corazón del creyente. Y Calasanz respondió a esa llamada dando la vida y arrastrando tras de sí a otros hombres que habían sentido la misma comezón y habían sido ganados por la obra y la persona de José de Calasanz.

De todo ello nació la primera escuela pública popular gratuita de Europa, como lo definió el gran historiador de la Iglesia, L. von Pastor. Y en breves trazos hemos querido indicar el contenido de semejante realidad.

Calasanz pensó en los niños y en función de ellos pensó en los maestros. Estos tenían que ser tales que sirvieran del mejor modo a la tarea que se les encomendaba. Porque amaba profundamente a los niños, fue profundamente exigente con los maestros. Y como quería que los niños estuvieran preparados para la vida, capaces de ganarse honestamente el pan de cada día, y fueran verdadero y amantes hijos de la Iglesia, ideó y luchó por un maestro que trabajara y se preparara seriamente en el campo de la piedad y de las letras.

Todo esto ha sido explicado con la brevedad que requiere esta sede. Ahora bien, en todo lo dicho destella la gran figura de Calasanz y la obra importante que legó a la historia y a la Iglesia.